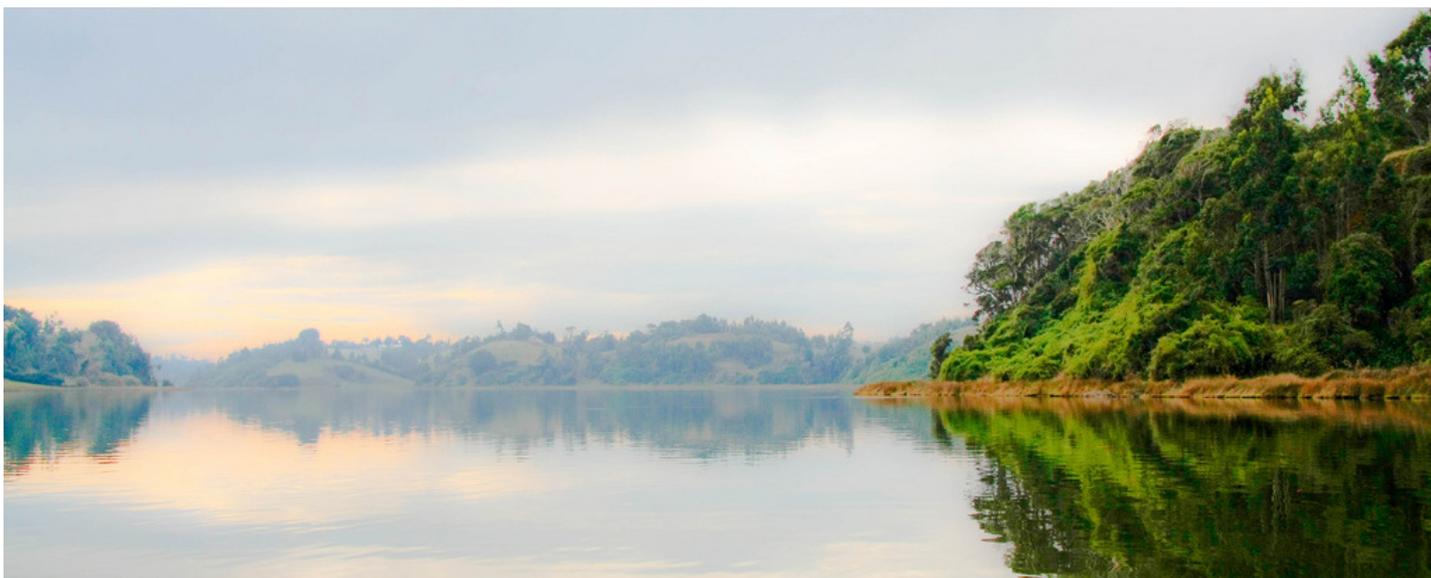


**“Cuando desperté al uso de la razón, vivía con mis padres a orillas del mar, en el lugar que se llama Rauquenhue. Allí me crié. Mi padre tenía un gran manzano...” El que habla es Pascual Coña, nacido en 1840 en una comunidad mapuche en torno al lago Budi. Nada sabríamos de él si no fuera porque un sacerdote capuchino decidió que Pascual (con ya 80 años) le contara su historia en forma oral, para así dejarla escrita para las futuras generaciones. Ello pasó en 1920.**



LAGO BUDI, se extiende entre las comunas de Puerto Saavedra y Teodoro Schmidt Región de la ARAUCANÍA.

“Mi madre era hacendosa. Hacía mantas con dibujos y muchas labores finas. De carácter suave no era mezquina, nunca se enojaba, tan buen corazón tenía. Mi padre si que era irascible. A veces le pegaba a su mujer, pero -después de habérsele pasado la rabia- volvía a tratarla bien. Esto lo observaba yo en mi niñez”.

“El primogénito fui yo. A mí me siguió Felipe. Nos criamos juntos, pero él no fue a ninguna escuela, por eso no conoce las letras. Felipe enviudó y luego tomó otra mujer que se suicidó. Estaba algo turbada. Como primera, murió mi hermana María de unos ocho o diez años, estaba todavía soltera. Fue en la epidemia de cólera de 1884”.

“Antes los mapuches le tenían mucho apego a la chueca. Mediante este juego decidían a veces sus asuntos. Decían: Nosotros juzgamos que este asunto debe ser así: pero vosotros decían no, al contrario. Haremos un palín; el asunto será conforme a lo que diga el partido que gane”.

**Textos extractados del libro “Vida y constumbres de los indigenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX”. 1º edición, 1930.**

A los 12 años el niño Pascual fue “invitado” por los misioneros capuchinos al internado de la misión en Puerto Saavedra. Confiados en que ahí no solo conocería la verdadera fe (la católica) y le darían “buena comida y todo el vestuario”, sino también aprendería a leer y escribir, sus padres lo enviaron... Su relato sobre estos años de internado es más bien positivo, aunque incluye muchos “no me acuerdo” o “no me di cuenta” y omite lo difícil que debe haber sido aprender un idioma y un modo de vida tan distinto al suyo original. ¿Trasculturización? ¿Despojo?

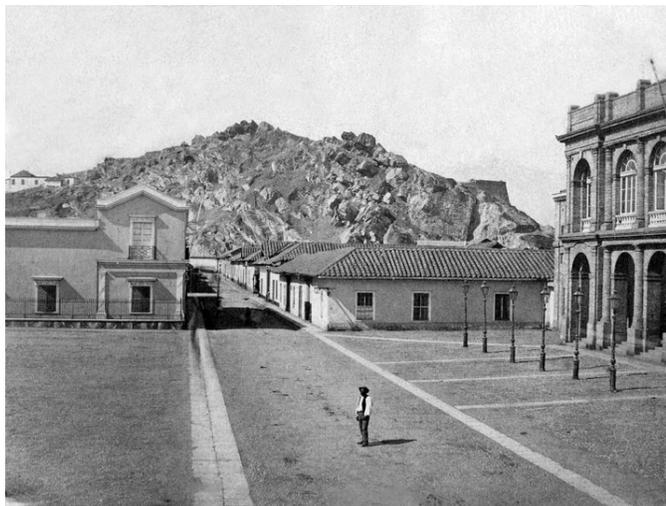
“Al otro día de llegado, me despertaron y me equiparon con ropaje y todo lo necesario; además me enseñaron lo que hacían los niños en casa del Padre. Yo me esforcé a imitar todo eso. Luego entré a la iglesia para oír misa tal vez; no me di cuenta, porque nunca había visto semejante función. En seguida me llevaron a la casa donde se lee y escribe; escuela se llama”.

“Los indígenas, hombres como mujeres, se presentaban todos los días en la Misión ante el Padre y le pedían todo de balde y con mucha torpeza. ‘Tabaco, Padre’, ‘Sal, agujas, paños, Padre’. Algunos se conducían bastante impertinente, pero el Padre tenía un corazón muy bueno”.

Textos extractados del libro “Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX”. 1º edición, 1930.



Misioneros capuchinos con los primeros niños mapuches bautizados en la misión Pelchuquin, Mariquina.



Fotografías de Santiago hacia 1870. [www.Memoriachilena.cl](http://www.Memoriachilena.cl)

Una vez que Pascual ya leía y escribía correctamente y qué su rol de sacristán le permitía ayudar en la misa diaria que se hacía en la misión, el padre jefe lo “invitó” para que se fuera a Santiago donde “había muchas cosas lindas”. Tras caminar varias horas llegaron al lugar desde donde zarparía el vapor que lo llevaría a la capital... Corría 1866 y permanecería en Santiago hasta 1871.

“Ya sobre el navío, miré con asombro su instalación, aunque no me esforcé mucho en investigar el fin de estas cosas. ¿Cómo habría podido comprenderlas, cuando no había visto nunca tal cosa? Así, sin entender nada y con un poco de zozobra, me hallaba en este vapor...”



“Tres días después de nuestra llegada se nos mandó al colegio de San Vicente de Paul. Entonces nos rodeó como una nube de jóvenes; eran los que allá recibían su instrucción y nosotros dos despertábamos en ellos tan viva admiración por ser indígenas araucanos”.

“Durante mi estadía en el colegio San Vicente empeoró mi enfermedad, que había contraído en mi patria, esa erupción cutánea. Debido a eso me llevaron a una casa en que monjas atienden a los enfermos y los curan. Se llamaba hospital San Juan de Dios”.

Textos extractados del libro “Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX”. 1º edición, 1930.

Tras su mejoría, Pascual siguió su vida en el convento y aprendiendo mucho de carpintería. Bastante acostumbrado en la capital, quiso mandarles una “imagen” suya a sus padres, para que así lo recordarían. Este sencillo hecho de Coña aterrizó a su padre que -al verlo “inmortalizado” en un papel- creyó que había fallecido. Angustiado, pidió a los capuchinos que le trajeran el cadáver de su hijo de vuelta. Por su parte, a Pascual le avisaron que debía volver urgente a su tierra natal.

Tras realizar el viaje por tren, luego barco y -el último tramo- de a caballo, finalmente se presentó en la ruca de los suyos en Ranquenhue. Se amontonaban familiares sin poder creer que estaba vivo.

**Después de relatar su kupal (procedencia genealógica) –algo fundamental para iniciar cualquier relato en una cultura oral– Pascual Coña describe al sacerdote su larga vida.**

**Le cuenta su viaje “iniciático” al mundo cristiano occidental y luego, sus vicisitudes tras su retorno a la comunidad mapuche.**

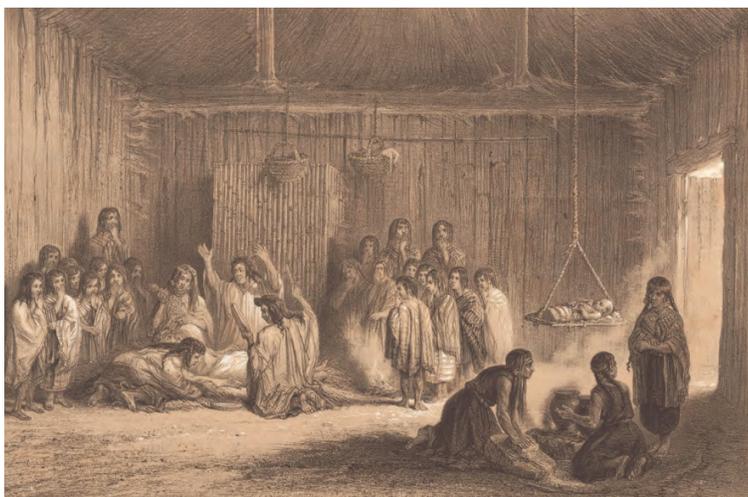
Tras fallecer su esposa de colera en 1884 (dejando una niña de pecho), Pascual se traslada junto a sus padres a Calfulemu. Ahí se vuelve a casar con una mujer chilena que sabía hablar mapudungun e intenta reiniciar la vida. Y vinieron las malas cosechas, el incendio fortuito de su ruca y la pobreza. Afligida por todo ello, la esposa se marchó. Luego lo asolaron “trifulcas” entre parientes por terrenos, celos y, quizás, desconfianza hacia su persona. Desolado, Coña retornó a la misión para ayudar como intérprete de los nuevos sacerdotes, pero sintió que tampoco pertenecía ya a ese mundo. Cansado y desilusionado, por fin, el 18/19/1927 (según nos cuenta el propio padre Wilhelm de Moesbach) Pascual Coña dejó este mundo en una ruca. ¿Esperanzado en la “otra vida” que le ofrecieron sus evangelizadores?

**En cuanto a sus reflexiones más íntimas, sus recuerdos son más nebulosos y, a veces, hasta contradictorios. ¿Los habrá querido tapar a su interlocutor o sería solo falla de memoria, natural ante hechos ocurridos tantos años atrás? Probablemente hay algo de ambas cosas. Lo cierto es que esta extensa “entrevista” (sin pauta ni intermediarios y además mediada por una creciente confianza con el entrevistador, constituye un valiosísimo aporte para la etnografía nacional.**



Fotografía de ODBER HEFFER (1860-1945), canadiense que se estableció en Chile y realizó un trabajo gráfico relacionado con los pueblos originarios.

Tras su sorprendente “viaje” cultural al mundo de los chilenos, Pascual se casó con una mapuche, tuvo hijos y siguió su vida en la comunidad de Rauquenhue. De todo ello -de las comidas, de los machitunes y nguillatunes, de cómo enterraban a sus muertos, de los manzanales, del cultivo del maíz y de cómo celebraban los casamientos, el viejo y sabio mapuche le cuenta al padre Wilhelm. El capuchino tomaba nota en silencio, aunque las más de las veces con extrañeza ante tan curiosas costumbres para un europeo del siglo XIX.



Ilustraciones tomadas de libro “Atlas de la historia física y política de Chile” (1854) de CLAUDIO GAY.

“Si había muerto un cacique y las mujeres levantaban gran lamento, mientras que los hombres se perdían en largos diálogos para darse mutuamente el pésame. Después buscan cuatro estacas y las plantan, cubren luego esas varas con una estera de kūna y sobreponen pellejos ovejunos. Sobre esta colocan el cadáver y lo dejan bien tapado con paños negros”.

“Luego unen las prendas de plata que solía lucir el difunto cuando montaba a caballo. Los vecinos también traen sus prendas. Toda la plata la llevan donde el cadáver y la cuelgan encima de la cabeza. El pillgai (la cama mortuoria) resplandece de pura plata”.

“Antes los difuntos quedaban mucho tiempo sin enterrar. Los conservaban dos, tres meses, a veces más todavía. Entraban en descomposición y despedían un olor que hizo imposible a veces la entrada a la casa. Pero, ¿qué hacer? Así era costumbre entre los antiguos araucano”.

“Entregamos, pues, hoy a la tierra a nuestro cacique; habiendo ya muerto, se transformó en polvo. Se fue a la isla de los antepasados. ¡Ya no existe nuestro amigo! Por más que nos acordemos de él, ya no podrá alcanzarnos nuestras miradas. Nos despedimos, pues, hoy; la vida es tan corta; después volveremos a vernos”.

Palabras finales del entierro después de haber comido y tomado en abundancia en nombre del difunto.

Textos extractados del libro “Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX”. 1ª edición, 1930.

“Con él me dedicué, sobre todo durante los meses de invierno de los años 1924 hasta 1927 y trataba con él sobre toda especie de asuntos, ocupaciones, costumbres y usanzas. Apunté literalmente todas las explicaciones que me dictó, si me parecían de interés”.

Prefacio de “Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX” 1a edición, 1930.

El resultado de las largas conversaciones entre un cacique mapuche y un sacerdote alemán (que veía estos diálogos como una forma de aprender mapudungun y así poder evangelizar a los mapuche fue un libro de 485 páginas. ¿Quién lo escribió? Descrito como “dictado” es, sin duda, el resultado de la colaboración entre Pascual Coña y el padre Ernesto Wilhelm de Moesbach. ¿Influyó la presencia del capuchino en la sinceridad de los cuentos y reflexiones del viejo mapuche? ¿Cuánto?

La pregunta es pertinente pues estamos ante un relato de un cacique mapuche de mucha edad, sobre su historia y la de su gente contada a un sacerdote capuchino alemán que misionaba en territorios mapuches hacia fines del siglo XIX, post la llamada “Ocupación de la Araucanía”.



KOLLÓN, Máscara antropomorfa utilizada por un personaje enmascarado llamado curiche encargado de abrir paso a la machi en el nguillatún.



Ruka mapuche. Fotografía de 1930.

El sacerdote capuchino Moesbach pidió a Rodolfo Lenz (1863-1938), estudioso del folklore, lingüista y filólogo alemán naturalizado en nuestro país tras ser contratado por el Estado de Chile, prologar el libro que -hacia 1930- estaba pronto a salir publicado. Aquí una síntesis del insinuante prólogo que dio validez “científica” al texto “escrito” por el padre Ernesto a partir de lo que oyó de Pascual Coña, dicho en su lengua materna.

“El texto original mapuche, dictado por un indígena legítimo en su dialecto patrio, es el documento más completo que jamás he visto en una lengua sudamericana.”.

“Aunque el interés principal naturalmente reside en la muy detallada descripción de todas las costumbres araucanas, es sumamente curioso ver qué impresiones recibe el indígena al verse por primera vez en contacto con la alta civilización chilena”.

“Todos los que se interesan por la etnología, el folklore de los araucanos, la psicología del indio y los problemas que ofrece su transformación en un ciudadano útil, tendrán que atenerse a la traducción española hecha por el Padre Ernesto”.



“La biografía de Pascual Coña representa un material inmenso para el estudio de la gramática y del diccionario de la “lengua de Chile”, que tal vez en algunos decenios más será hablada por pocos indígenas que viven apartados de los chilenos”.

“Pero, ¿cuántos serán los hombres que se dedicarán a leer el texto mapuche de Coña, fuera de los misioneros que aprenden la lengua de los indios para enseñarles la palabra divina e introducirlos a la cultura superior?”.

Textos extractados del prólogo de RODOLFO LENZ para el libro “Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX”. 1ª edición, 1930.

Escultura de Pascual Coña realizada de ILDEFONSO QUILEMPAN en Puerto Domínguez, localidad de Puerto Saavedra, Región de la Araucanía (2006).

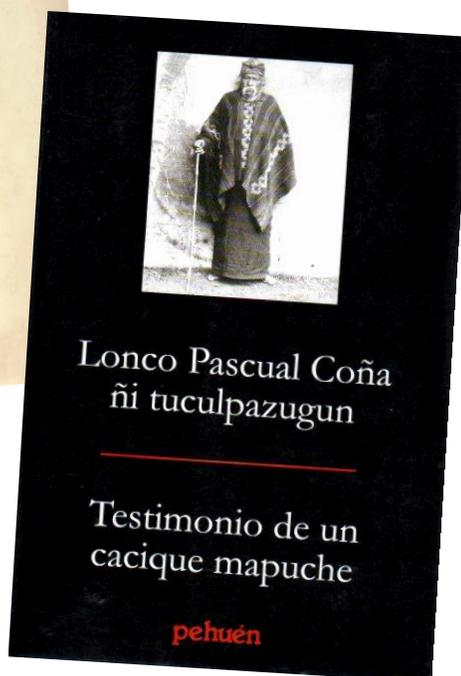
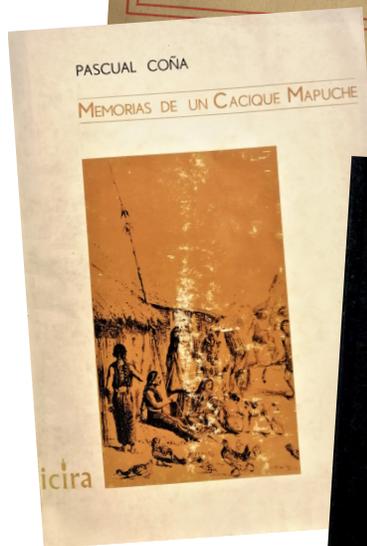
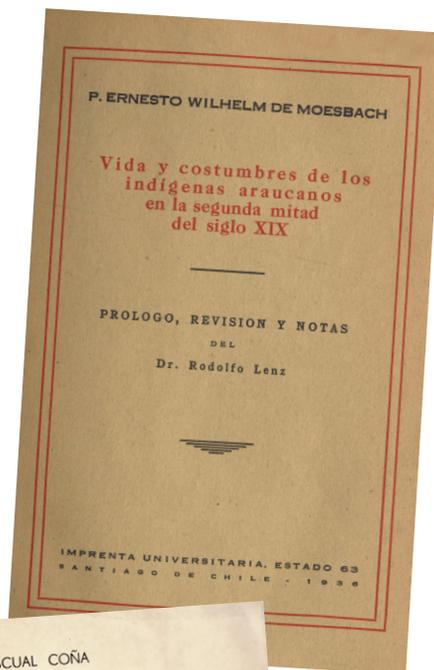
Resulta inverosímil que un mismo libro cambié de título y de autor! a lo largo de los años. Pero, así fue en este caso.

El mismo texto que primeramente se llamó "Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XX", cuyo autor fuera el padre Ernesto Wilhelm de Moesbach y que fue publicado por Imprenta Universitaria en 1936, tuvo después otro nombre y un autor diferente. ¿Cómo así?

Las nuevas lecturas de la realidad en contextos más inclusivos hicieron que, en 1973, fuera inaceptable que un texto entero "dictado" por una persona a otra llevara la autoría intelectual del receptor.

Entonces (con el mismo contenido interior) se tituló "Pascual Coña: Memorias de un cacique mapuche".

Finalmente, Pehuén Editores lo reedita (antes ya lo había editado) en 2015 titulándolo "Lonco Pascual Coña, Ni tuculpazugun: testimonio de un cacique mapuche".



“Es que los libros, como las personas, cambian y se las arreglan para ir expresando de una u otra forma el ambiente característico de cada época”.

**JOSÉ ANCAN**, Miembro del Centro de Estudios y Documentación Mapuche Liwen de Temuko en 2002.

Diferentes ediciones del mismo libro.